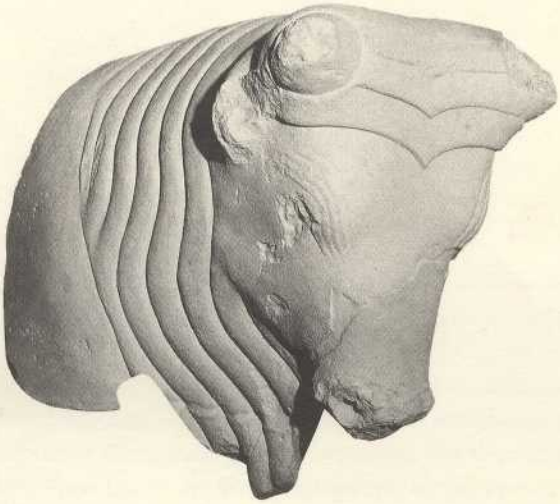
Antonio García-Baquero González
Pedro Romero de Solís
(Edits.)

FIESTAS DE TOROS Y SOCIEDAD



Colección Tauromaquias nº 5

FUNDACIÓN REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TAURINOS
Sevilla, 2003

EL LINGOTE EN RAMA CHIPRIOTA O DE PIEL DE TORO: SÍMBOLO DIVINO DE LA ANTIGUA IBERIA

Jorge Maier Allende
Real Academia de la Historia

El 30 de septiembre de 1958 se descubría uno de los conjuntos más significativos de la orfebrería tartésica, el tesoro del Carambolo (Camas, Sevilla). Un año después el profesor Blanco junto con su colega alemán el prof. Kukahn publicaban este magnífico conjunto de joyas. En dicho artículo llamaban la atención sobre la forma de dos piezas de este conjunto, los llamados pectorales, y señalaban "*que como motivo ornamental se encuentra en vasos micénicos, en los tableros de marfil, para juego, de Meggido, en las pinturas de los palacios Asirios y Sirios de Khorsabad, Arslan-Tash, Tel-Barsib, etc. e incluso en lingotes de cobre de la época premonetal que aspiran a reproducir la piel extendida de un buey*" (Kukahn y Blanco, 1959: 42) (Fig. nº 1). No cabía duda de que se trataba de algo especial y en cualquier caso, en aquellos momentos, sorprendente, pero eso sí de un símbolo con claras resonancias orientales.

Desde el descubrimiento del tesoro del Carambolo se han producido últimamente nuevos hallazgos de diversos elementos que adoptan esta forma y que, por el contexto en que han sido hallados, nos indican claramente su carácter sagrado e ideológico. La tesis tradicional ha sido

interpretar esta forma como la imitación de los lingotes de cobre chipriotas[1]. Como veremos, la clave interpretativa de este símbolo se encuentra sin duda relacionada con los lingotes chipriotas pero porque dichos lingotes adoptan en realidad la forma de una piel de toro sacrificado que es lo que en última instancia se representa en todos y cada uno de los ejemplos que aquí vamos a tratar (Fig. nº 2).

A continuación describiremos brevemente estos hallazgos y sus contextos, en el que seguiremos un orden cronológico que por el momento abarca un período comprendido entre los siglos VII y V a. C.

El ejemplo más antiguo que por ahora conocemos se ha hallado en la antigua *Caura* (Coria del Río, Sevilla). En las recientes excavaciones que se han desarrollado en este importante yacimiento protohistórico se ha detectado parte de un edificio que se ha identificado como un santuario fenicio por su orientación y ciertos detalles constructivos, pero, sobre todo, por localizarse en su interior un altar de barro en forma de piel de toro sacrificado (Fig. nº 3). La excavación ha revelado hasta cinco momentos sucesivos de ocupación, de los cuales el que aquí nos interesa es el III, que es en el que se halló el altar y que se fecha en el siglo VII a. C. aproximadamente. Al parecer el altar se encontraba en una "capilla" o "tabernáculo" de planta rectangular con un banco adosado al muro perimetral del santuario. Así describen sus excavadores el altar:

> «Se trata de una pieza exenta, construida con barros de distintos colores en el centro del tabernáculo más antiguo detectado hasta ahora en el santuario III, que corresponde al edificio que funcionaba durante el siglo VII a. C. Su forma rectangular, con los lados cóncavos y apéndices desarrollados en las esquinas, se ha creído tradicionalmente la imitación de los lingotes de bronce[2] *(sic)* mediterráneos de origen chipriota. Pero el ejemplar de Caura y otras evidencias parecidas contradicen esta interpretación y demuestran en cambio que en estos altares se intentó imitar directa y estrechamente una piel de toro, con la que se ha relacionado de hecho también los lingotes. Así, lingotes, altares, piezas de orfebrería, exvotos, elementos decorativos, etc., seguidores de dicho modelo, derivarían genéticamente en paralelo, de la piel del animal y representarían en parte la carga simbólica de aquella». (Escacena e Izquierdo, 2001: 132-133).

1 Reforzó mucho esta tesis el descubrimiento en Enkomi (Chipre), cerca de Famagusta, del llamado "dios del lingote" en 1963, al que nos referiremos más adelante.

2 Los lingotes chipriotas nunca son de bronce siempre de cobre.

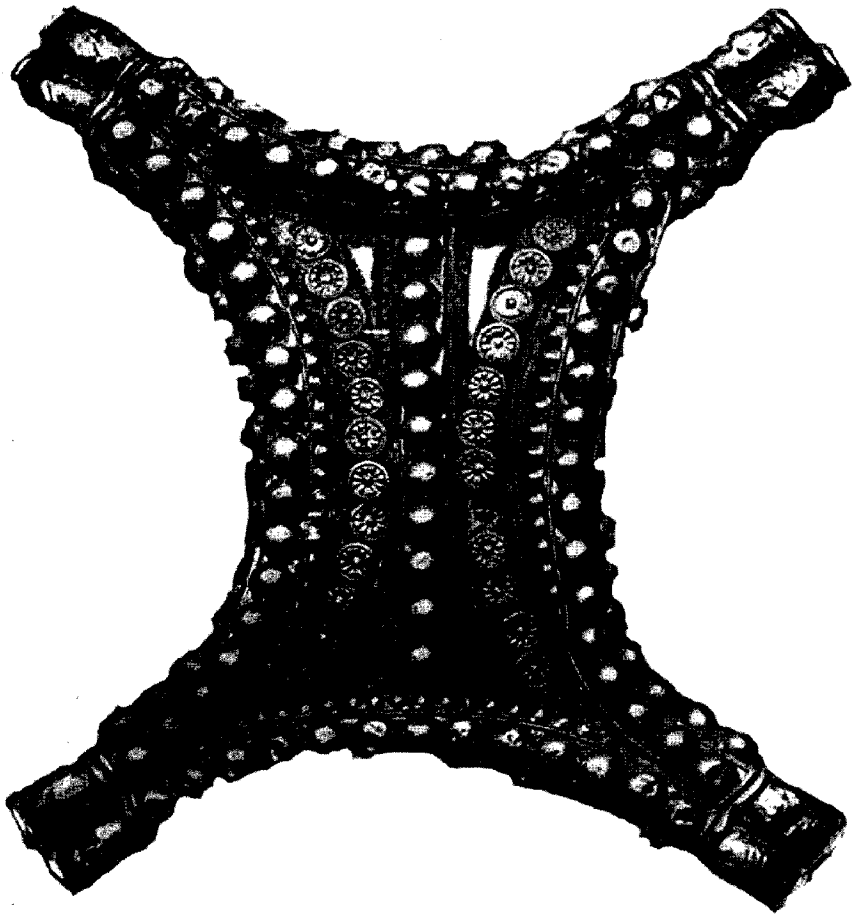


Fig. nº 1. *Pectoral del Tesoro del Carambolo*

En consecuencia este edificio se ha identificado como un santuario fenicio al dios Ba'al.

Uno de los hallazgos más importantes y sorprendentes para el conocimiento de la cultura ibérica fue el del mausoleo turriforme de un monarca ibero en la necrópolis de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), en 1978 (Almagro-Gorbea, 1983). Situada en un importante nudo de comunicaciones un rey ibero se hizo construir aquí una tumba monumental hacia el 500 a. C. aproximadamente. El monumento, cuyo cuerpo principal está decorado con bajorrelieves que representan escenas mitológicas del más alto interés, se levanta sobre una base escalonada con cuatro leones esculpidos en sus esquinas. Pero lo que aquí más nos interesa subrayar es que el monumento se rodeó de un pequeño *temenos* con un mosaico de guijarros con forma de piel de toro, que según M. Almagro-Gorbea (1996b: 40), director de las excavaciones, es la representación del alma del rey divinizado (Fig. nº 4).

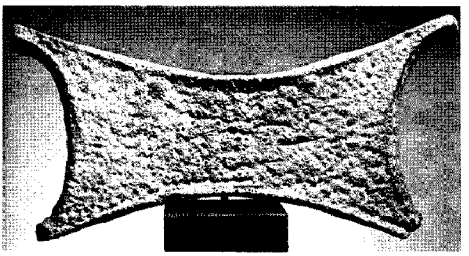


Fig. nº 2. *Lingote de cobre chipriota hallado en Serra Ilixi* (Cerdeña), siglo XI a. C. (Apud G. Lilliu, 1987).

Otro importantísimo hallazgo para la arqueología protohistórica española y la cultura tartesio-ibérica es el palacio de Cancho Roano (Zalamea la Serena, Badajoz). En este complejo arquitectónico se han distinguido cuatro fases constructivas sucesivas. En la fase designada Cancho Roano B, que corresponde a mediados del siglo VI a. C., se localizó en la habitación principal, y que se ha mantenido siempre en las sucesivas reorganizaciones constructivas y por ello ha sido identificado como el *sancta santorum,* un altar en forma de piel de toro (Fig. nº 5). Dicha habitación, al parecer, estuvo siempre a cielo abierto. El altar mide 1,20 m.

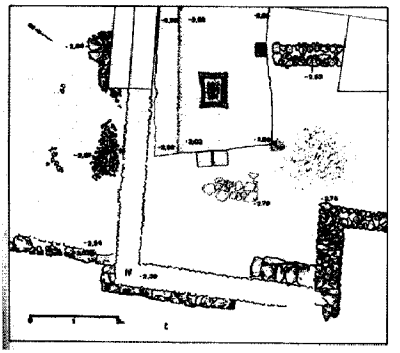


Fig. nº 3. *Planta de santuario en la "Caura" tartésica,* siglo VII a. C. (Apud Escalena e Izquierdo).

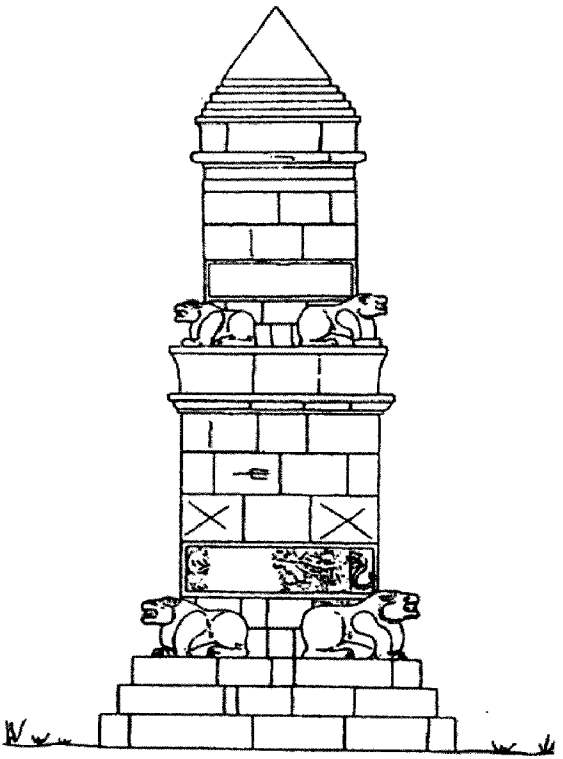


Fig. nº 4. *Monumento turriforme de la necrópolis de Pozo Moro* (Chinchilla, Albacete), ca. 500 a. C. (Apud Almagro-Gorbea, 1996).

por 0,80 m. de anchura media, aunque su superficie no es totalmente plana ya que su tercio occidental esta elevado 0,40 m. Se construyó con ladrillos de adobe que fueron recortados en sus extremos para proporcionarle la forma de piel de toro. Estaba compuesto por sucesivas capas de tierra quemada, guijarros y ceniza y cerámica, hasta igualar la altura total por su lado occidental (Celestino, 1994: 297-298).

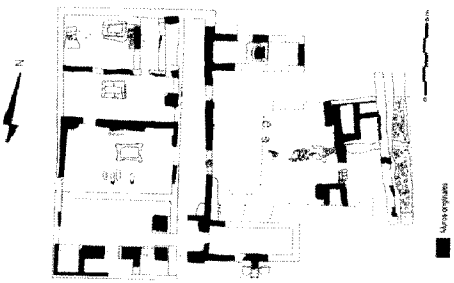


Fig. nº 5. *Altar del palacio de Cancho Roano* (Zalamea la Serena, Badajoz) (Apud Celestino, 1994), fines S. VI a. C.

En el poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante) nos encontramos con un nuevo ejemplo. El Oral es un poblado de dos hectáreas que se encuentra asentado en una plataforma escasamente elevada sobre la desembocadura del río Segura. Fue fundado *ex novo* hacia finales del siglo VI a. C. y quedó abandonado un centenar de años después (Abad y Sala: 1993). En uno de sus edificios (casa IIIJ1) se detectó sobre el pavimento una piel de toro construida a base capas de arcilla de distintos colores (Fig. nº 6 y 7):

> «Aproximadamente en el centro del pavimento se detectó un motivo ornamental en forma de lingote, compuesto por un núcleo central de arcilla rojiza, ribeteado por una línea irregular de 1,5 a 2 cm de arcilla algo más oscura y, exteriormente, por otra línea más gruesa, entre 2 y 4 cm de arcilla blancuzca; hacia el exterior fue posible identificar otras zonas de arcilla anaranjada, de contorno redondeado, y líneas blanquecinas, aunque todo ello bastante más difuminado que el motivo central en forma de lingote. Sobre este pavimento se detectaron algunas manchas cenicientas, especialmente en el ángulo SO, donde aparecieron también fragmentos de carbón y de cerámica, entre ellos parte de la base de un recipiente pintado» (Abad y Sala, 1993: 80).

La presencia de este motivo en el centro de la habitación ha hecho suponer a sus excavadores que se trata de un espacio dedicado al culto, sin duda, un santuario urbano.

Finalmente, nos encontramos de nuevo con este símbolo en dos necrópolis ibéricas. En la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete) se descubrió una tumba tumular del siglo V a. C. que se construyó adoptando por tres veces sucesivas la forma de piel de toro, e inclu-

so la última de ellas albergaba los restos óseos incinerados del difunto, seguramente un personaje relevante de la sociedad ibérica.

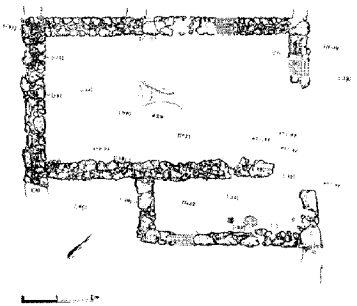


Fig. nº 6. *Planta del edificio IIIJ del poblado ibérico de El Oral* (San Fulgencio, Alicante), fines del S. VI a. C. (Apud. Abad y Sala, 1993).

En la necrópolis de Castillejo de los Baños (Fortuna, Murcia) se descubrió una fosa de pira funeraria que adopta la forma de la piel de toro en la que se habían depositado en su interior los restos óseos incinerados en un vaso junto con los carbones y todo ello sellado con una capa de barro verdoso (Fig. nº 8).

En definitiva, podemos observar como este motivo aparece en distintos contextos aunque todos ellos de carácter sagrado o religioso, bien en joyas[3], palacios, santuarios urbanos o necrópolis y siempre con una carga simbólica evidente.

No nos cabe la menor duda que el simbolismo de la piel de toro y en consecuencia el culto y religión con el que se relaciona fue introducido en la Península Ibérica por las gentes del Mediterráneo Oriental y que pasó a la cultura tartésica y posteriormente a la cultura ibérica, como se desprende de todos los ejemplos que acabamos de relacionar. Su origen se encuentra, como veremos a continuación, en las civilizaciones del levante mediterráneo.

Fig. nº 7. *Detalle del pavimento del edificio IIIJ de El Oral* (San Fulgencio, Alicante) (Apud. Abad y Sala, 1993).

Como hemos advertido más arriba la tesis tradicional ha identificado este motivo simbólico con los lingotes chipriotas llamados, según la nacionalidad de los investigadores, *oxhide ingots*, *peau de boeuf*, *pelle di bue*, piel de toro o incluso *keftiubarren*, en alusión al nombre con que los egipcios designaban a los cretenses.

---

3 También se ha advertido la presencia de la piel del toro en otras joyas suntuarias como la diadema del cortijo de Ebora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz) en las placas aureas de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) y en la diadema del tesoro de la Peña Negra (Crevillente, Alicante) y en un pequeño colgante de oro procedente de Ibiza.

Los lingotes son unas placas de cobre puro, nunca de bronce, de distintos tamaños y grosores que adoptan la forma de una piel de toro extendida y se utilizaron durante casi toda la segunda mitad del segundo milenio a. C. para comercializar este mineral. La cronología de estos lingotes abarca, por tanto, desde el siglo XVI a. C. hasta el siglo XI a. C. Los ejemplares más antiguos han sido localizados en Creta y los más modernos en Cerdeña, aunque casi todos ellos proceden de Chipre, que curiosamente datan del siglo XIII a. C. (véase Fig. nº 2).

Fig. nº 8. *Tumba en forma de piel de toro de la necrópolis ibérica de Castillejos de los Baños* (Fortuna, Murcia) (Apud Garcia Cano y Page del Pozo, 1996).

Los lingotes de piel de toro se han encontrado desde la costa de Bulgaria en el Norte, el Delta del Nilo en el Sur, la costa Sirio-Palestina en el Este hasta en Cerdeña en el Oeste. La mayor concentración de hallazgos terrestres de este tipo de lingote proviene, no obstante, de tres islas mediterráneas Chipre, Cerdeña y Creta. Además se han localizado en dos naufragios de barcos, uno cerca del cabo Gelidonya (Turquia) que trasportaba 34 lingotes y data del 1200 a. C. y el de Ulu Burun (Turquia) que transportaba 317 lingotes, el mayor de todos ello localizado hasta el momento, y que se ha fechado en el 1385 a. C.

Las investigaciones actuales apuntan a que el principal centro de producción de estos lingotes fue Chipre ya que es en esta isla donde se encuentran las mayores y más productivas minas de cobre del mediterráneo oriental (Gale, 1991), aunque otros investigadores sostienen que Cerdeña también pudo ser uno de sus centros de producción. Aunque en Creta se han hallado los testimonios más antiguos no es posible considerarla un centro de producción ya que en la isla no existen minas de cobre.

Por otra parte el único molde de lingote ha sido hallado en un palacio del Bronce Final en Ras Ibn Hani (Siria), al sur de Ugarit. Asimismo,

Fig. n.° 9. *Cretenses portadores de ofrendas de la tumba de Rekhemire en Tebas* (Apud Davies, 1944).

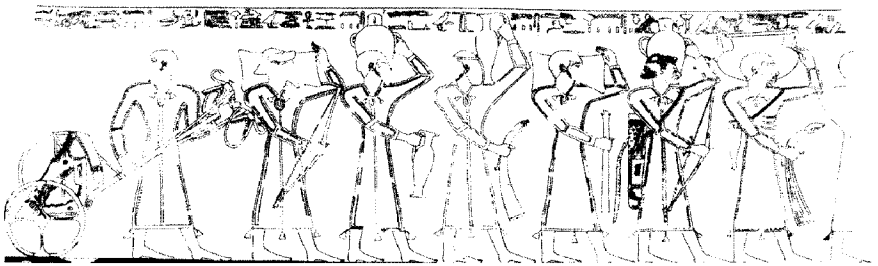


Fig. n.° 10. *Sirios portadores de ofrendas de la tumba de Rekhemire en Tebas* (Apud Davies, 1944).

en Tebas, en la tumba de Rekhmire, un alto dignatario egipcio de la época de Amenofis II, (Imperio Nuevo, hacia el 1400 a. C.), se pueden ver en las pinturas murales que la decoran unos comerciantes cretenses, por una parte, y Sirios, por otra, en la que ambos portan lingotes de piel de toro sobre sus hombros (Davies, 1944, pl. XIX y XXII) (Fig. n° 9 y 10), por lo que se ha pensado que fueran los sirios los que controlaban el comercio del cobre (Gale, 1991). La adopción de la piel de buey o de toro para estos lingotes se debe posiblemente a que el buey fue un patrón de intercambio más antiguo.

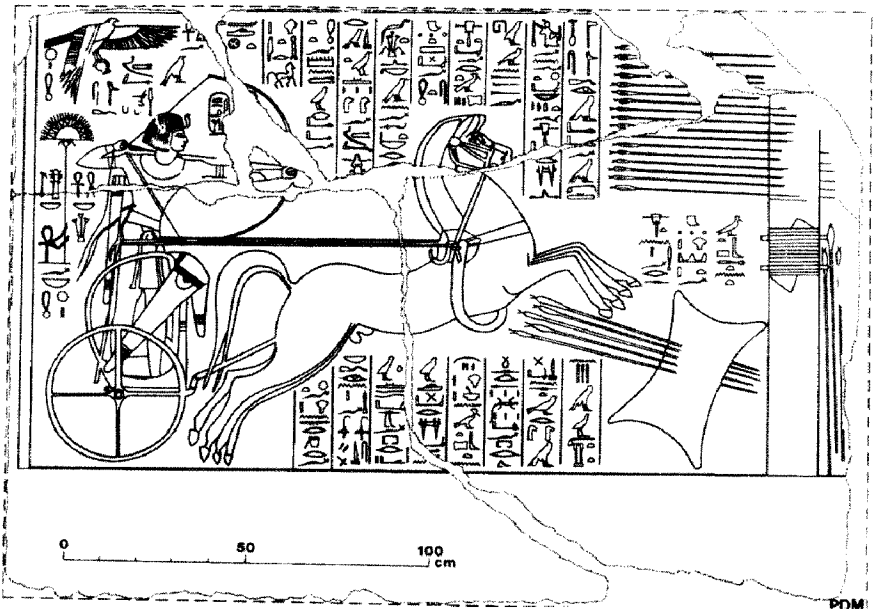


Fig. n° 11. *Amenofis II asaeteando un lingote chipriota*; tercer pilón de Karnak.

Pero lo que nos interesa aquí principalmente es que esta forma adquirió pronto un carácter sagrado.

Un primer ejemplo revelador en este sentido lo encontramos en el tercer pilón de Karnak, en el que se representa una escena en la que vemos al faraón Amenofis II sobre un carro de guerra asaeteando un lingote de piel de toro (Fig. n° 11). Podríamos pensar que se trata nada más que una demostración de la fuerza y del poder del faraón sino tuvieramos en cuen-

Fig. nº 12. *Dios del lingote* hallado en el santuario de Enkomi (Chipre), S. XII a. C., según Schaeffer.

ta que su padre Tutmosis III había derrotado pocos años antes a una coalición Sirio-Palestina, en la que también figurarían los chipriotas, en Meggido. Desde nuestro punto de vista el lingote representa algo más que una simple plancha de cobre y tiene claramente un significado simbólico del poder del país o reino sometido, es decir del rey sirio-palestino y seguramente de su dios principal, Hadad.

Pero sin lugar a dudas el elemento más importante, el que nos ofrece mayor riqueza de datos sobre la sacralidad de este símbolo es una figura de bronce muy conocida hallada en un santuario en Enkomi que se conoce por el "Dios del lingote" (Fig. nº 12).

Es una estatuilla de bronce de 35 cm. de altura que representa al dios de pie vestido con lo que parece una camisa de lino y un faldellín y tocado con un casco cónico de cuernos. En su mano izquierda sostiene una lanza en actitud amenazante y en la derecha un pequeño escudo mientras que lleva las piernas protegidas por grebas. Lo más interesante es que la figura descansa sobre una base en forma de piel de toro (Schaeffer, 1965). El dios fue hallado en 1963 en la cella del santuario colocado en posición vertical en un hoyo cuidadosamente construido y asociado a cerámica del siglo XII a. C. El santuario es un edificio de planta rectangular con una orientación E-O; la cella, una habitación de reducidas dimensiones, se encontraba en el extremo NE del santuario. El interior del santuario queda dividido en dos ambientes por un muro situado aproximadamente hacia el centro de la estancia, delante del cual se levantaron dos altares monolíticos de piedra. En los muros norte y sur tenía adosados sendos bancos de adobe. En el ambiente o sector norte se hallaron una gran cantidad de cráneos de toro con sus cuernos y algunos omóplatos que presentaban varias incisiones, lo que constituye un dato sumamente revelador (Courtois, 1971) (Fig. nº 13). Se ha pensado, lógicamente, que los cráneos correspondían a toros sacrificados al dios, aunque también que puedan haber sido utilizados como máscaras por los sacerdotes o hierofantes puesto que algunos fueron desprovistos de todo el hueso saliente de la parte posterior (Ionas, 1984: 105).

No hay duda entre los arqueólogos e historiadores de la religión que nos encontramos ante un divinidad muy conocida, perfectamente reconocible. Se trata de lo que se ha denominado un *smiting god*, es decir, el dios de la tempestad o de la tormenta (Schaeffer, 1965; Catling, 1971; Bisi,

1980, Delgado, 1996). Es una divinidad celeste de origen sirio-palestino, aunque aparece en todo un area afroeuroasiática bastante extensa. Como dios de la tormenta sus atributos son el trueno, el rayo y la lluvia (de ahí su aspecto guerrero y amenazante), y también de la fuerza genésica y fecundadora por lo que se identifica con el toro (casco de cuernos y piel de toro). Es por tanto un dios creador, principio masculino por excelencia, fecundador, dispensador de lluvia. El toro y el rayo fueron desde muy pronto los símbolos conjugados de las divinidades atmosféricas. El mugido del toro se

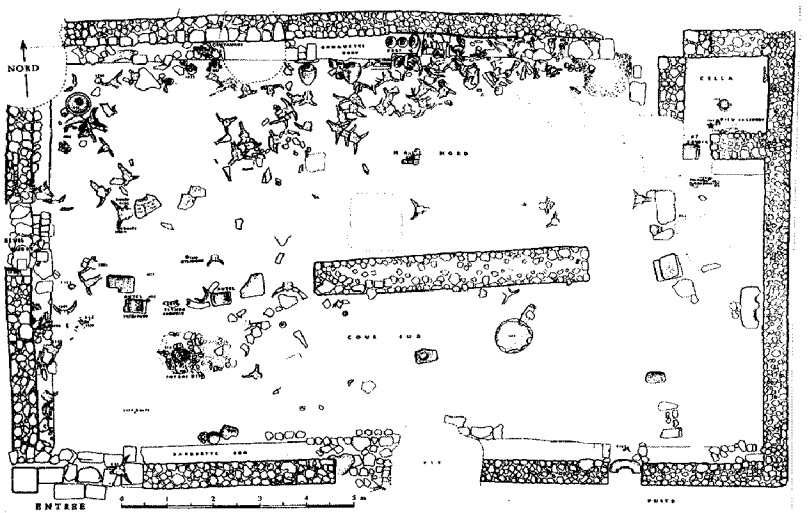


Fig. n.° 13. *Planta del Santuario de Enkomi* según J.C. Courtois.

asimiló en las culturas arcaicas al huracán y al trueno; uno y otro eran epifanías de la fuerza fecundante (Eliade, 1981: 106-107). La presencia en el santuario de Enkomi de los cráneos de toro, los consideremos máscaras o no, nos confirman plenamente esta identificación. Podemos, pues, afirmar que nos encontramos ante Ba'al Hadad. Sabemos que a Ba'al se le sacrificaban toros como comprobamos en el famoso pasaje del Antiguo Testamento de Elías y los sacerdotes de Ba'al (1 Reyes 18, 21-35; 36-40; 41-46). Yahvé es también un dios atmosférico.

Pero de Chipre procede también una pequeña estatua de bronce, perteneciente a la colección Bomford del Ashmolean Museum de Oxford, que representa una divinidad femenina desnuda de pie con los brazos en jarras, aunque incompletos, sobre una base con forma de piel de toro (Fig. n° 14). Lleva como única prenda un collar con un colgante y tiene el pelo recogido en trenzas, una de ellas perdida, el pubis destacado por medio de una serie de incisiones y los senos prominentes; se fecha también en el

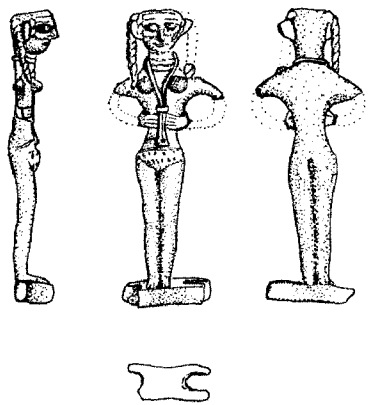


Fig. n° 14. *Dibujo de la llamada "diosa Lingote"* según Catling.

Fig. n° 15. *Soporte procedente de Chipre con un portador de un lingote frente al árbol de la vida.*

siglo XII a. C. (Catling, 1971: 19-20). Todas estas características iconográficas, muy antiguas por cierto, nos señalan que nos encontramos ante la diosa de la fecundidad. Circunstancia que no ha de sorprendernos en absoluto, sino que por el contrario define aun más contundentemente a nuestro dios de la tormenta. En efecto, una de sus principales características es precisamente la hierogamia con la diosa tierra, con la Gran Madre, de origen prehistórico. Al acentuar sus funciones metereológicas y génesicas se convierte necesariamente en pareja de la gran diosa madre ctónico-lunar, es decir con Afrodita o Astarté. Al dios de la tormenta se le ha conocido por varios nombres, pero en el caso que nos ocupa es casi seguro, como hemos señalado, que nos encontramos ante Ba'al-Hadad.

En efecto, como señala Mircea Eliade (1981: 110):

> «El conjunto cielo lluvioso-toro-gran diosa constituía uno de los elementos de unidad de todas las religiones protohistóricas del area euroafroasiática. Indudablemente, aquí se acentúa la función genésico-agraria del dios tauromorfo de la atmósfera. Lo que ante todo se venera en Min, Ba'al, Hadad, Teshup y otros dioses taurinos del rayo, esposos de la gran diosa, no es su carácter celeste, sino sus posibilidades fecundadoras. Su sacralidad deriva de la hierogamia con la gran madre agraria. Su estructura celeste se valora por su función genésica. El cielo es, ante todo, la región donde "muge" el trueno, donde se forman las nubes y se decide la fertilidad de los campos, es decir, la región que asegura la continuidad de la vida sobre la tierra».

La existencia de estas dos divinidades, junto con otras piezas como son por una parte un soporte cuadrado, también procedente de Chipre, en el que en uno de sus lados se ve a un hombre que porta un lingote de piel de toro en el hombro de pie frente al árbol de la vida (Fig. nº 15) y, por otra, la de varios pequeños lingotes votivos con inscripciones en escritura chipro-minoica en algunos templos, ha dado pie a pensar a que la industria del cobre en Chipre, actividad fundamental de su economía, estuviera en Enkomi en manos de las autoridades religiosas, es decir de los templos (Catling, 1971), como también se ha comprobado en otros lugares como en Timna en Palestina, en Kea en el Egeo y en otros santuarios chipriotas como en Myrtou-*Pigadhes*, en el templo de Afrodita en Paleopahos y en Kition, donde se ha observado esta conexión entre metalurgia y religión (Karageorghis, 1982: 103-104). Por todo ello no nos ha de resultar extraño que los chipriotas tuvieran a estos dioses benefactores y de la fecundidad como protectores de sus minas, de la minería y acaso de los metalúrgicos y, sin duda, de la ciudad en la que se producía el cobre, puesto que en la antigüedad se tenía el convencimiento que los metales también crecían y se desarrollaban en el seno de la tierra. La metalurgia tuvo siempre en las sociedades primitivas un carácter sagrado, por ser una actividad contra natura (Eliade, 1986).

La piel de toro, en cuanto que animal sacrificial del dios, pasó a formar parte del vocabulario icónico del dios de la tormenta como protector y propiciador de las actividades metalúrgicas y también por extensión de los monarcas sacros orientales, al que estaban vinculados míticamente. Pero en el dios de la tormenta, además de esta función, debemos considerar también la de dios guerrero en la que el toro es su atributo principal por su poderosa acometida, como se constata asimismo entre los monarcas orientales y en el faraón.

Así aparece en los palacios de los reyes asirios de Tel Barsib y Dur Sharrukin (siglo VIII a. C.) donde vemos este símbolo con toros a ambos lados embistiéndolos vigorosamente (Fig. nº 16 y 17). Es evidente que la piel del toro sacrificado pasó a formar parte del lenguaje simbólico del poder y así se reprodujo en Iberia. Hemos de tener en cuenta que en todas las culturas paleorientales el "poder" está simbolizado sobre todo por el toro. El toro es el símbolo por excelencia de la realeza en cuanto que los dioses del cielo son dioses soberanos y la realeza es divina porque procede del cielo.

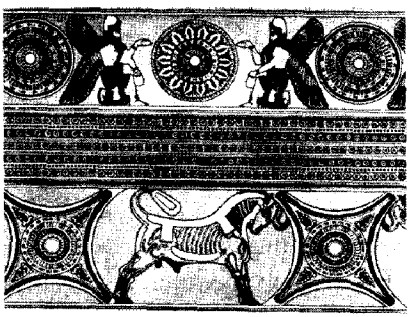


Fig. nº 16. *Pintura mural del palacio asirio de Tel Barsik.* S. VIII a. C.

La asociación del dios de la tormenta y la diosa madre de la fecundidad, como su cónyuge, es pues fundamental para comprender el trasfondo simbólico y religioso de la piel de toro.

El culto al dios de la tormenta o *smiting god* (Ba'al Hadad) como esposo de la gran madre (Astarté) fue expandido por los comerciantes y navegantes del Levante Mediterráneo al Mediterráneo Central y Occidental tras la caída del mundo micénico y tuvo un arraigo especial en Sicilia, en Cerdeña, donde además como se recordará se han hallado numerosos lingotes de piel de toro, y en Tartessos. Precisamente en estos dos últimos lugares nos encontramos con representaciones de figuras aunque elaboradas en modelos indígenas que nos indican que su culto fue asimilado por las élites rectoras de estas sociedades del Bronce Final de eminente carácter guerrero. Por lo que respecta a Cerdeña, donde se encuentran abundantes manifestaciones de la sacralidad taurina, se han hallado varias pequeñas estatuillas de bronce en

Fig. nº 17. *Pintura mural del palacio sirio de Dur Sharrukin,* S. VIII a. C.

las que se representa la figura de un dios guerrero con cascos de cuernos de toro (Fig. nº 18).

En cuanto a Tartessos nos encontramos con las muy conocidas estelas extremeñas en las que en varias de ellas se representa igualmente un

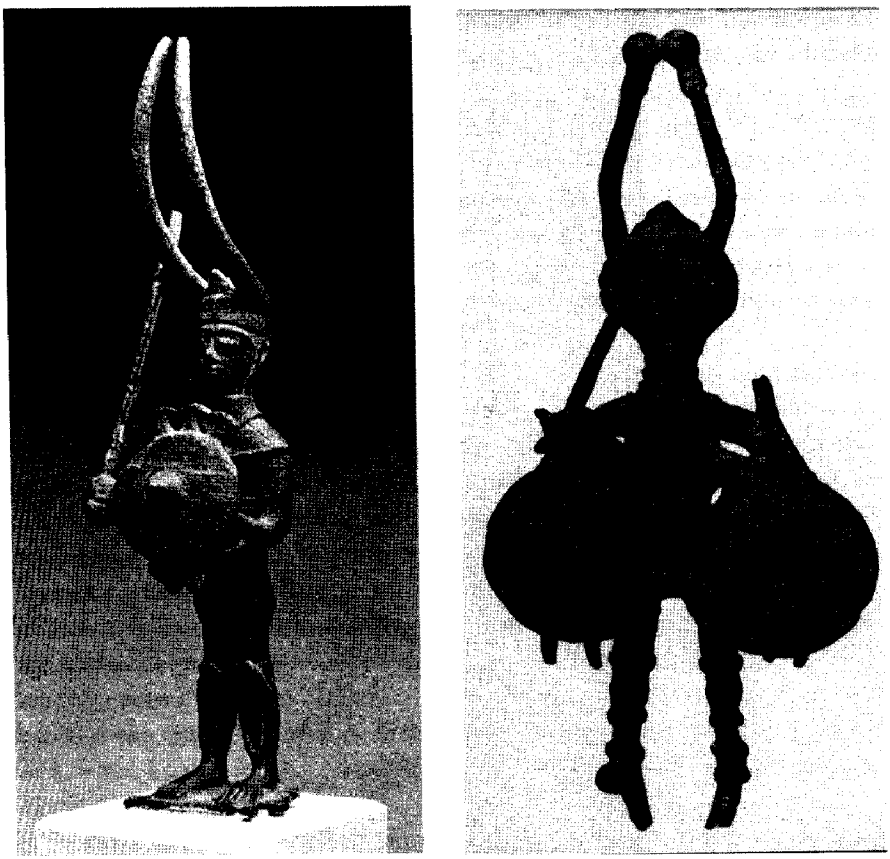


Fig. nº 18. *Dioses sardos.*

guerrero con casco de cuernos (Fig. nº 19). Ambas representaciones son sin duda de influencia oriental y nos remiten al dios tauromorfo de la atmósfera como dios guerrero. Estas sociedades, ricas en recursos agropecuarios y especialmente en metales, cuya producción y distribución controlaban unos

Fig. n.° 19. *Estela tartésica* (Fuente de Cantos, Badajoz), según Almagro.

jefes guerreros, asimilaron pronto estas creencias religiosas y el toro, uno de los atributos principales del dios de la tormenta como hemos visto, pasó a formar parte de los atributos míticos de los reyes tartésicos. Esta vinculación se vió aun más reforzada cuando la aculturación oriental fue más intensa a partir del siglo VIII a. C. y dió lugar a la monarquía sacra tartésica, muy conocida por su mitología (Almagro-Gorbea, 1996a: 41-76).

El carácter guerrero y las referencias míticas de sus monarcas así como las distintos elementos cultuales hallados nos indican que el culto del dios de la tormenta/diosa de la fecundidad fue uno de los principales en la civilización tartesio-ibera, por lo menos hasta el siglo VI a. C., una sociedad de eminente carácter agrario y de organización teocrática, aunque nunca decayó por completo y el toro continuó manteniendo su carácter sagrado durante mucho tiempo. En efecto, a través de la vinculación dinástica con el dios, el monarca es transmisor de las cualidades que le adornan que ya se han descrito más arriba, benefactor, protector y ordenador de la sociedad.

La mejor manifestación de todo ello la tenemos en los bajorrelieves del monumento turriforme de Pozo Moro. Aquí nos encontramos con varias escenas en las que se representan las distintas atribuciones o funciones del rey divinizado como dios de la tormenta (Ba'al Hadad) así como la presencia de la diosa madre (Astarté), su pareja, que parece tener una mayor importancia. La estructura turriforme del monumento, que se levanta sobre una piel de toro sacrificado como hemos indicado, tampoco es aleatoria, es el símbolo de la montaña, propio del lugar de residencia de los dioses celestes. En estos bajorrelieves podemos ver por una parte, al rey-dios como guerrero con casco, lanza y escudo y, por otra, copulando con la diosa, en una escena de hierogamia y, finalmente, portando el árbol de la vida. La diosa, sin duda, Astarté, está representada en situación preeminente, desnuda y alada, como diosa de la fecundidad.

Esta ideología político-religiosa la constatamos igualmente en el palacio de Cancho Roano. El altar de Cancho Roano B nos indica que es un santuario a Ba'al, como también los de Caura y El Oral, aunque éstos últimos en un contexto urbano.

En definitiva, hay que desechar totalmente la tradicional interpretación de este símbolo como lingote chipriota, aunque no obviar las conexiones con los metales. Se trata, sin duda, en todos lo casos –incluido el

del lingote– de una piel de toro sacrificado y como tal hay que relacionarlo con el culto al dios tauromorfo de la atmósfera, su principal epifanía. Su origen se encuentra en las civilizaciones del levante mediterráneo, donde todo parece indicar que fue protector de las activadades metalúrgicas. ¿Tuvo este carácter en Iberia? No podemos asegurarlo pero no sería extraño. Pero lo que si podemos deducir de todo ello es que su culto fue uno de los más importantes de la civilización tartesio-ibérica sobre todo por su vinculación con la realeza de origen divino como así se desprende de las cada vez mas numerosas manifestaciones de su culto.

Bibliografía

Abad, L. y Sala, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante).* Valencia.

Almagro-Gorbea, M. (1983): "Pozo Moro: el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica", *Madrider Mitteilungen*, 24, pp. 177-392.

———, (1996): *Ideología y poder en Tartessos y en el mundo ibérico.* Discurso leído el día 17 de noviembre de 1996 en la recepción pública de D. Martin Almagro Gorbea y contestación por el Excmo. Sr. D. José María Blázquez Martínez. Madrid.

———, (1996): "Pozo Moro veinticinco años después", *Revista de Estudios Ibéricos*, II, pp. 31-63.

Bisi, A.M. (1980): "La diffusion du Smiting God syro-palestinien dans le milieu phénicien d´Occident", *Karthago*, XIX, pp. 5-14.

Blánquez, J. (1997): *La necrópolis ibérica de los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete).* Diputación de Albacete.

———, (1992): "Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta". En *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (J. Blánquez y V. Antona, eds.). Madrid, pp. 235-278.

Catling, H. W. (1971): "A Cypriot bronze satuette in the Bomford collection". En *Alasia I* (C. F.A. Schaeffer ed.). París, pp. 15-32.

Courtois, J.C. (1971): "Le sanctuarie du dieu au lingot d´Emkomi-Alasia". En *Alasia I* (C. F. A. Schaeffer ed.). París, pp. 151-362.

Celestino, C. (1994): "Los altares en forma de *lingote chipriota* de los santuarios de Cancho Roano", *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, pp. 291-304.

Davies, N. de G. (1944), *The Tomb of Rekh-mi-re-^{C} at Thebes.* NewYork.

Delgado, C. (1996), *El toro en el Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo.* Madrid.

Eliade, M. (1981): *Tratado de Historia de las Religiones. Morfología y dialéctica de lo sagrado,* Madrid.

———, (1986): *Herreros y alquimistas.* Madrid.

Escacena, J.L. e Izquierdo, R. (2001): "Oriente en Occidente: arquitectura civil y religiosa en un "barrio fenicio" de la *Caura* tartésica. En *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (D. Ruiz Mata y S. Celestino), Madrid, pp. 123-157.

Gale, N. H. (1991): "Copper Oxhide Ingots: their origin and their place in the Bronze Age Metals Trade in the Mediterranean". En Bronze Age Trade in the Mediterranean, *Studies in Mediterranean Archaeology,* (N.H. Gale ed.), 90, pp. 197-239.

García Cano, J.M. (1992): "Las necrópolis ibéricas en Murcia" En, *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*, (J. Blánquez y V. Antona eds.). Madrid, pp. 313-347.

Ionas, I. (1984): "L'architecture religieuse au Chypriote Récent (Kition et Enkomi)". En *Temples et Sanctuaries* (G. Roux). Travaux de la Maison de L'Orient nº 7, pp. 97-105.

Karageorghis, V. (1982): *Cyprus from the stone age to the romans*. London.

Kukahn, E. y Blanco, A. (1959): "El tesoro del Carambolo", *Archivo Español de Arqueología*, XXXII.

Lagarce, E. y Lagarce, J. (1997): "Les lingots "en peau de boeuf", objects de commerce et Symbols ideologiques dans le monde Mediterranéen", *Revue d'Études Phenico-puniques et d'Antiquités Libyennes*, X, pp. 73-97.

Schaeffer, C.F.A. (1965): "An ingot God from Cyprus". *Antiquity* XXXIX, pp. 56-57.

FUNDACIÓN REAL MAESTRANZA DE
CABALLERÍA DE SEVILLA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA